

seguirse en este momento: la confección de una serie de atlas regionales que podrían culminar en un Atlas de conjunto y, por otra parte, un Atlas nacional en cuya preparación trabaja desde hace algo más de un año un equipo de la Universidad de Chile en Valparaíso, dirigido por el autor. Ambas empresas no se contraponen sino, por el contrario, se complementan. Así se desprende de las citas de dos grandes figuras de la dialectología europea, KARL JABERG y MANUEL ALVAR, realizadores del Atlas de Italia y Suiza Meridional (AIS) y del Atlas Lingüístico y Etnográfico de Andalucía (ALEA), respectivamente.

Se detallan luego algunos aspectos metodológicos del ALECH: *cuestionario único* que incluiría preguntas sobre léxicos especializados de algunas actividades importantes del país, *red de puntos* (no menos de 300 localidades) basada en la delimitación de regiones lingüísticas hecha por Rodolfo Lenz y Rodolfo Oroz, *grupo homogéneo de encuestadores*, etc. La ejecución del proyecto está pensado para abarcar un período de 10 años (1968-1977).

Un aspecto que merece párrafo aparte es la incorporación del enfoque diastrático a la encuesta en las grandes ciudades. Es sabido que la mayor parte de los trabajos dialectológicos, y especialmente los de geografía lingüística, se han limitado al estudio diatópico del habla popular y, dentro de esta, principalmente de la campesina. Sin embargo, ya en el AIS, aunque esporádicamente, y más tarde en el ALEA, en forma más sistemática, se introdujeron algunos criterios sociológicos: en el segundo de los trabajos mencionados se hicieron encuestas en todas las capitales de provincia, interrogando por lo menos a dos personas universitarias, de sexo distinto y de diferentes barrios (cf. M. ALVAR, *Sociología Lingüística*). La orientación sociolingüística de la dialectología es particularmente interesante en las zonas de colonización española, como manifiesta J. P. RONA en sus *Aspectos metodológicos de la dialectología hispanoamericana*.

DORA MAYORGA ARAVENA
Universidad de Chile
Valparaíso

Area de Humanidades
Dep. de Lingüística y Filología

DOS NOVELAS DE EUGENIO MATUS

La primera novela de Eugenio Matus —profesor de Literatura Española en la Universidad Austral y autor de dos libros sobre Pío Baroja— pasó en 1960 casi inadvertida. Su título —*Mientras amanece*— sugiere su relación

con la edad juvenil del autor y de sus personajes. El tiempo no la ha ajado. Se lee con facilidad. Es liviana, tierna y simple.

Matus sabe narrar, tiene condiciones innata de contador de historias. Cualquiera que sea el tema de lo que cuenta, su relato interesa y se sigue de punta a cabo. Los personajes viven, a veces en unas cuantas páginas, y uno lamenta que se mueran o no sigan apareciendo. El lector se entenece con su suerte, como si los hubiera conocido.

La vida en sí no tiene continuidad visible. No es nunca una novela por entregas o una serie novelada de la tv, como dicen que son *Simplemente María* o *Sombras Tenebrosas*. Es curiosa la persistencia de este género a través de distintos medios, desde Pérez Escrich, Ponson du Terrail o Fernández y González a las radionovelas de hace 20 años y a las teleseries. En cambio, las novelas de un Baroja o de un García Márquez están fragmentadas en el exterior, como la vida misma. Así también, en éstas de Eugenio Matus —*Mientras amanece* y *Encuentro en Tángier* (Zig-Zag, Santiago, 1965)— sólo una delgada membrana envuelve los episodios, que a veces pasan de un ambiente a otro con nuevos caracteres: Madrid, Quillota, Tángier, Valparaíso.

Tanto en uno como en otro libro, los ambientes están pulcramente descritos, con sobriedad azoriniana, con un dejo de poesía melancólica. Los mejor trazados son tal vez los que corresponden a la pequeña ciudad de la infancia, con sus casonas, su tranquilidad provinciana, sus huertos, sus gentes venidas a menos como los viejos de la Castilla de Azorín. Matus ha escrito, decíamos, dos libros sobre Baroja, a quien admira; pero su pluma es menos cáustica, menos científica y más lírica. Está más cerca de Gabriel Miró, Azorín y Juan Ramón Jiménez. La parroquia de Quillota, regentada por un viejo cura irascible que costea los estudios de un sobrino para que entre después al Seminario, es toda una estampa de aldea grande, con amoríos de plaza y de colegio. Las páginas finales dan una visión poética, acendradamente tierna de un marco familiar humilde en los cerros y de unas sombrías oficinas del plan.

En *Encuentro en Tángier*, los héroes son otros y otros los paisajes, pero el fondo humano es análogo. El lector no olvidará tampoco la figura del padre, que debe sacrificar su vida en el altar mezquino de las apariencias sociales, mientras corretea de un lado a otro en su calidad de modesto funcionario, ni se olvida a la abuela, que vive en una hermosa quinta rodeada de hermanas solteronas, en un vaho de remedios, entre muebles y ornamentos de vieja opulencia. Todas defienden su posición frente a las marejadas de los cambios sociales y las arremetidas de las nuevas clases.

Madrid, donde el joven protagonista sienta sus reales de estudiante pobre y más o menos desocupado, se insinúa apenas, desde dentro de

una casa de dignos obreros republicanos que le dan pensión. Más importante es el escenario encantador y letárgico de Tánger, con su ir y venir de árabes vagabundos y su animación de mercaderías y mercaderes en el zoco evocador de las Mil y una Noches. La descripción de los ventorros de carnes, frutas y abalorios puede figurar entre las mejores páginas del libro. Los tres amigos que conviven como huéspedes en la terraza de un destartalado hotelucho tangerino —un artista español, un joven vago norteamericano y el estudiante chileno— pertenecen a la buena tradición picaresca transferida a la época actual, otra vez llena de pícaros, esta vez cosmopolitas. La obra termina en episodios de orden político-guerrero que bien darían para otra. Pero toda ella, como la novela anterior, está traspasada de aliento humano. Se siente que los autores tienen cordialidad porque el mismo autor la posee pródigamente y la contagia.

En ese aspecto, es de gran calidad la segunda parte de *Mientras amanece*, que nos presenta con relieves exactísimos el sórdido mundillo de una sucursal bancaria en Valparaíso y la intimidad de una familia modestísima que vive con decencia castellana en una pintoresca casita del Cerro Cárcel. La tierna, valerosa y encantadora abuela y sus dos nietas, diferentes como Marta y María, forman un trío conmovedor que nos lleva de nuevo a interiores criollos que entibian la fantasía sentimental.

Las dos obras comentadas están exigiendo al autor una continuación que puede llegar lejos, en el camino de este arte de narrar que nos da el goce y la emoción de sus historias. Matus vivió cuatro años en China, de donde se vino con muchas experiencias inapreciables. Escribió un excelente ensayo sobre la pintura china tradicional, el que fue editado por la Universidad Austral hace algún tiempo. Antes había enseñado en Cuba. Nos faltan los relatos de esas aventuras vitales.

LUIS OYARZÚN

BERNARDO POTTIER: LINGÜÍSTICA MODERNA Y FILOLOGIA HISPANICA.

La obra está constituida por veintitrés ensayos distribuidos en tres partes: I. Principios Metodológicos (5 artículos); II. Problemas de Lingüística General (6 artículos), y III. Estudios específicos (12 artículos).

Tal ordenación pretende dirigir la atención del lector dentro de la intencionalidad general y más notoria de cada uno de los ensayos. En la práctica, no obstante, es fácil observar que lo metodológico, lo teórico general y el tratamiento de cuestiones específicas se combinan y complementan con laxitud bastante mayor. El libro gana con esto —a pesar de las